

tienen abundancia de hacienda, y placeres y recreaciones. ¿qué les aprovecha, pues son abundantes y gruesos en la maldad? Tienen mal corazón, malos pensamientos y lengua, y con su mucha ociosidad, tiene el demonio puerta para hacerles escudriñar las vidas ajenas, y lo que peor es, los secretos de Dios nuestro Señor, que con sencilla fe se han de creer; y acaéceles caer en muy grandes yerros, castigándolos nuestro Señor por su soberbia y pecados. Cierto, cargas son éstas que toman sobre sus ánimas, harto más pesadas y perjudiciales que las otras cargas de servir a los suyos, que dejan. Huyen de penas, y caen en culpas: el peso de las cuales, si ahora no lo sienten por estar embriagados con la dulcedumbre de los placeres y pasatiempos presentes, sentirlo han, cierto, en aquella hora cuando su cántaro salga del agua; quiero decir, cuando su ánima, por mandamiento de Dios nuestro Señor, salga del cuerpo, y sea presentada delante del juicio divino, donde el holgar de acá en este mundo ponga en mucho trabajo, y el haber trabajado por el provecho de otros ponga mucha confianza para estar en pie en el juicio de Dios y para oír aquella dulce palabra (Lc., 12): *¿Quién pensáis que es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre sus criados para que les dé a su tiempo medida de trigo? Bienaventurado aquel siervo al cual su señor hallare que lo hace así; que en verdad os digo, que lo constituirá sobre todos sus bienes.*

¡Oh qué dichosos serían los que tienen mandos, si gustasen con el paladar del corazón la diferencia que va de este galardón prometido a los buenos señores, al recio castigo guardado para los malos, según luego dice nuestro Señor de esta manera: *Mas si aquel siervo dijere en su corazón: No vendrá mi Señor tan aína; y comenzare a herir a sus compañeros, y comer y beber con los embriagados, vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y pondrá la ración de él con los hipócritas; allí habrá lloro y batimiento de dientes.*

Abrid vuestras orejas los que regís las muchedumbres de gentes, y estáis contentos con enseñorear las compañías de las naciones; porque vuestro poder el Señor os lo ha dado, y vuestra fortaleza el Altísimo. El cual ha de examinar vuestras obras, y escudriñar

vuestros pensamientos; porque siendo ministros del reino, no juzgasteis derechamente, ni guardasteis la ley de la justicia, ni os gobernasteis según su voluntad. Espantablemente, y presto, os aparecerá; porque juicio durísimo será hecho a los que tienen mandos; y al pequeño concedérsele ha misericordia; mas los poderosos poderosamente padecerán tormentos (Sab., 6, 2-7).

¿Qué carga se puede igualar, por grande que sea, con estar amenazados los que huyen las buenas cargas, con un día de juicio tan estrecho, que los justos dicen (Ps., 11, 2): *No entres, Señor, con tu siervo en juicio*; y todos temen el rigor de él, por ser duro, y será *juicio durísimo* a los que tienen mandos? Mejor acuerdo será, o huir de ellos, y esto es lo más seguro, [o] (12) cumplir lo que dice San Pablo (Rom., 12, 8), que *quien tiene mando, tenga cuidado*, o, aunque las tales personas tienen licencia para tomar quien les ayude y lleve sus cargas, elegir las tales personas que no sean ignorantes o apasionados como animales, mas como la Escritura (Ex., 18) los pide, varones sabios y temerosos de Dios, en los cuales haya verdad, y que aborrezcan la avaricia. Y aunque estos tan calificados ayudan a llevar el peso del Arca, no se debe descuidar quien tiene principal obligación de llevarla sobre sus propios hombros; pues que sabemos (Ex., 32) que aunque Moisés dejó buenos vicarios cuando se ausentó para ir a negociar con Dios negocios del pueblo, hizo su ausencia tanto daño, que llegó a ser adorado un becerro por Dios. Eficacísimo ejemplo y aviso, de cuán necesaria sea la presencia del pastor sobre sus ovejas, y escarmiento perpetuo, si no lo quieren disimular, para no echar las cargas sobre solos hombros ajenos.

7.—*Los que llevan a hombros la Eucaristía.*

También conviene advertir a los Obispos y gente principal de la Iglesia, que les estaría muy bien llevar en la procesión, aunque fuese por pequeño trecho, las andas del Señor sobre sí. Lo uno por ser los principales ministros de este Señor. El cual va aquí no como en el Arca pasada, sino Él mismo en persona; y es

(12) O; la edición de 1596, *en*.

razon que, si a un hombre principal que murió, lo llevan hombres principales sobre sus hombros a la sepultura, que los principales ministros de este Señor, para siempre vivo, un día del año que sale con solemnidad a dar vida, sea llevado encima de los hombros de sus principales ministros. Y también sería esto edificación para el pueblo, y esfuerzo para los sacerdotes que llevan las andas.

Y también sabrían por experiencia los mayores las cargas de los menores, y no se diría de ellos aquella afrentosa palabra (*Mt.*, 23): *Ponen cargas pesadas e incomportables sobre los hombros de los hombres, y ellos no las quieren menear, ni aun quieren llegar a ellas el dedo.* Veces hay que los sacerdotes con el peso de las andas o de la custodia van tan cargados y reventados, que van forzados como Simón Cirineo, y huyen otro año cuanto pueden de tomar sobre sí aquel trabajo. No es razón que, pues Dios nuestro Señor halló allí verdaderamente su Cuerpo, no haya más peso que los accidentes de pan que lo llevan encubierto, que siendo su carga liviana, la hagan pesada y odiosa por cosas que son fuera de Él; mas todo se ordene conforme a Él, y como de buena gana y con devoción sea llevada.

Los sacerdotes miren también que llevando mañana al Señor; y sintiendo trabajo, no sea mayor causa para ello la falta de amor y de devoción, que el mucho peso que llevan con las pocas fuerzas del cuerpo. Miren mucho que, llevando al Señor sobre los hombros del cuerpo, no lleven algún pecado, y por consiguiente al demonio sobre la parte más íntima y más honrada que tienen, que es la parte superior de su ánima; y que, como el pecado sea pesado como talento de plomo, les quite los alientos para llevar al Señor Dios nuestro. Porque es cierto que así como la gracia y amor del Señor que en el ánima está, da alientos al cuerpo para hacer el bien que los malos no pueden, así el pecado del ánima enflaquece el cuerpo para las obras de virtud. Nunca Él permita que, en tal día y lugar, tal cosa haya; porque sería abominable, y bastante para provocar la ira del Omnipotente y Todopoderoso Dios para darle recio castigo, en lugar del galardón que diera al tal sacerdote, si (13) lo llevara *sobre hombros de hombre*, que aunque es animal, es

racional, porque se debe regir por razón, y no *sobre hombros de animales*, regidos por la *ley de la carne*; la cual—como dice el glorioso Apóstol San Pablo (*Rom., 7*)—*no es sujeta a la Ley de Dios*.

8.—*Pureza de conciencia. Castigo de los betsamitas.*

Y no sólo los ya dichos, mas todos sin sacar ninguno, conviene examinarse y remirarse si van tales cuales conviene ir a gente que va sirviendo y acompañando, no a quienquiera, mas al Señor de los cielos y de la tierra. ¡Oh qué buen consejo, y cuán importante y propio para este día, el que nos dió el real Profeta David, cuando dijo (*Ps., 2*): *Servid al Señor con temor, y regocijaos en Él con temblor*. El servicio y el regocijo mañana lo veremos, aun con los ojos del cuerpo; mas el temor y el santo temblor que nos manda llevar el Señor Dios nuestro, cuya dádiva es, Él nos lo conceda por su misericordia: lo uno, porque no seamos desacatados contra la alteza de su infinita Majestad, que es el mayor mal de los males; lo otro, porque no probemos el rigor de su justicia que probaron los del pueblo pasado por falta de aquesto.

Oíd una cosa terrible, y que os pondrá espanto, y mucho mayor que el castigo de Oza, que no os he contado. Pasó así: que cuando los filisteos echaron de su tierra el Arca del Señor porque hacía en ellos grandes castigos (*1 Reg., 6*) pusiéronla, según os he dicho, encima de un carro y dos vacas paridas, dejando sus becerricos encerrados en casa; para que si las vacas llevasen el Arca, sin que nadie las guiase, a la tierra de Israel, entendiesen que la causa de los azotes que habían venido sobre ellos era de parte del Dios de Israel, por tener cautiva su Arca. Caminan con el Arca las vacas; y aunque daban bramidos por sus becerricos, no dejaron el camino derecho ni el peso del Arca; dándonos ejemplo, que los que han puesto sobre sí el Arca del servicio de Dios no deben tornar atrás por condescender a los afectos humanos, por conjuntos que sean y por mucho que duelan. Guía Dios a las vacas, y llevan el Arca a la tierra de Israel, y paran en un campo de la ciudad de Betsames, en el cual había mucha gente segando trigo. Y holgáronse en gran manera de aquel particular favor que Dios les hacía, de que pudiendo enviar su Arca a otras partes,

eligió a ellos para esta merced. Mas si así supieran reverenciar el Arca como alegrarse con ella, no se les tornara el favor en castigo, ni pidieran que les llevaran el Arca de su tierra, con la cual se habían holgado primero. Pararon las vacas. Quitando los levitas el Arca de encima de la carreta, pónenla encima de una piedra; viénenla a mirar los que presentes estaban, y otros que venían de la ciudad, y embebecidos con la alegría, no se acordaron ni se curaron de lo que Dios había mandado, que no mirasen su Arca desnuda, sino cobijada. so pena de muerte; miráronla, castigólos Dios con matar luego setenta hombres de los principales, y cincuenta mil de la gente del vulgo.

¿Quién tal pensara? ¿Y quién tal creyera, si no fuera el Espíritu Santo el que lo dice? ¿Quién no temerá de ir mañana con este Señor, pues que la irreverencia hecha contra su Arca, cosa tan baja en comparación de Él, fué castigada con muerte de tantos? Y de espantados dijeron: *¿Quién podrá estar en la presencia de un Dios tan santo?* Y no osando tener el Arca consigo, enviaron a rogar a los de la ciudad de Cariatiarim que viniesen a llevar el Arca, porque ellos no la querían tener.

Y si, en la sombra y figura, el Señor quiso ser tan reverenciado, que juzgó ser ley justa mandar que no alzasen los ojos a mirar su Arca desnuda, so pena de muerte, y como lo mandó lo ejecutó con mucho rigor. y con muerte de tantos, ¿qué hará si mañana no acatáremos como es razón a su propia Persona y en presencia, pues el Arca de entonces, en comparación de Él, no tiene ser ni valor?

Despierten, pues, todos; y ninguno haya, chico ni grande, que se atreva a ir mañana con mala conciencia acompañando al Señor que mira los corazones, y da a cada uno según sus obras, y a los irreverentes a Él, por principales que sean, los castiga con recio castigo. Los sacerdotes no imiten a Oza y a su hermano en ir desaparejados en la procesión, porque no sean participantes en el castigo si lo fueren en la culpa; antes imiten a los sacerdotes y levitas de la segunda procesión, que purificadas las ánimas y los cuerpos, llevaron con reverencia el Arca del Señor, y fueron galardoados de su mano bendita.

9.—*Deberes del rey a imitación de David* (14).

Los reyes (15) imiten al Rey David, hallándose presentes a esta santa procesión con mucha reverencia y acatamiento, y con haber confesado y comulgado, por lo que ellos deben a Dios nuestro Señor, y por dar ejemplo a los otros. Que éste es el tiempo en que *el Señor tiene necesidad* de los reyes y gente principal, como en otro tiempo (*Mt.*, 21) lo tuvo de aquellos dos jumentos para entrar asentado en ellos a Jerusalén, pues que vemos estar perdido el respeto que se debe a Dios nuestro Señor y a su Ley, y que solamente se tiene cuenta con apartarse del mal por temor de los castigos. Y también los ha menester, porque ordinariamente aquellos siguen los menores, que ven hablar y obrar a los que son mayores; los cuales si fuesen por buenos caminos, serían causa de que fuese Dios acatado, y haber muchos bienes, y su galardón sería grande en el cielo. Yendo por camino contrario, cierto, habrá sucesos contrarios; porque la virtud o el vicio de ellos son cosas muy calificadas para aprovechar o dañar.

Y si el rey no tuviere tanta humildad para desnudarse de su real vestidura, y vestirse de una sobrepepliz, como lo hizo David, a lo menos vaya mañana templadamente vestido. Porque delante de la presencia de Dios que llevamos en la procesión, y está en la iglesia, no es razón que el rey ni los grandes tengan aquel aparato de estrados como en otras partes suelen tener; pues que ellos mismos quieren que sus vasallos no tomen estas honras estando en los palacios y presencia del rey o de los otros señores.

Y si los reyes quisieren con su buen ejemplo, y con leyes puestas en ejecución, templar la profanidad y demasía de los vestidos, joyas y atavíos de casas, que es causa de mayores pecados y trabajos que se puede decir, harían a Dios muy mayor servicio, y al reino más cumplido bien, que hizo David en dejar su ropa real y tomar un vestido bajo, de levita.

Y si tampoco no tuviere el rey tanta devoción y amor del Señor, que le embriague como a David, y le haga ir como fuera de sí, bailando y saltando, y como

(14) Véase la Carta 11 sobre el gobernante cristiano.

(15) ¿Iría el rey en la procesión? ¿Dónde y cuándo?

dice la Escritura, *resaltando con todas sus fuerzas*, a lo menos imítele en aquel entrañable cuidado del culto divino, y de buscar lugar donde el Arca del Señor se pusiese con mucha decencia. Que estando los sacerdotes descuidados de aquesto, que era propio oficio suyo, velaba el corazón del rey, y despertó a los eclesiásticos para que llevasen el Arca, y les avisó que la llevasen con aquella santidad que se le debía, y después tuvo ferventísimo deseo de hacer templo al Señor.

Aquel rey *se desnudará muy bien, y bailará delante del acatamiento de Dios*, que considerando cómo ante aquel Dios ni tenía ser ni reino, y pudiéndolo dar a otro, se lo dió a él liberalmente, se tenía por pobre y desnudo cuanto es de su parte, y no se ensoberbecía sobre los otros por la excelencia que Dios le dió; antes la atribuía a la divina bondad, y se humilla y abaja más para con Dios y para con los hombres.

Y aunque el poderío cuanto es más alto, tanta suele ser la osadía que da para pecar, porque piensa el tal hombre que tiene licencia para hacer todo lo que puede, y como son jueces de otros, y no hay quien juzgue a ellos, acaece que se hacen atrevidos para pecar; mas los que delante de Dios en espíritu *se desnudan* de verdad *el aparato real*, al contrario de esto hacen, porque entiendan que por ser grandes no tienen más licencia para hablar una palabra ociosa, ni para otra cosa aún más liviana, que toque a la ley de Dios, que la tiene un hombre el más bajo del mundo; antes se tienen por más obligados a toda virtud, y por más enfrenados y a raya para no hacer mal; porque entiendan que son espejo donde muchos se miran, y guía a la cual muchos siguen, y regla con que muchos se conforman, y temen que han de hacer como San Jerónimo dice: Quien lo quisiere seguir sea constreñido a errar.

Muy bien se desnuda aquel rey y se humilla, a quien la carga de la cuenta que ha de dar le pone cuidado y temor de cómo vive y administra su reino; y muy bien *baila delante el mismo Señor*, el que lleno de su amor lleva las cargas de su gobernación con esfuerzo y alegría, como lo hacía Judas Macabeo (1 Mac., 3) en las guerras que emprendía por la honra de Dios.

Muy bien baila al Señor, si le dice de verdad (Ps., 17): *Aparejado está, Señor, mi corazón*; quiere decir, que tiene una pronta voluntad de servir, y de que le sirvan los otros, aparejado el corazón con celo de justicia para castigar los delitos como recto juez. Mas

no se contenta con este nombre y con esta obra; *mas tiene*, y más principalmente, *aparejado su corazón* para, con cuidado y entrañas de padre, con buenos ejemplos, con buenos trabajos, con buena educación de sus vasallos, y por cuantas vías pudiere, procurar que prevengan a los delitos, y no sea menester el castigo, o no muchas veces.

Aquel baila bien, que no tiene amor al mandar, sino al aprovechar, y tiene el lugar alto por ejercicio de hacer bien a muchos, y no para sus intereses ni sus regalos.

Y *aquel baila bien*, cuyo cuidado único es beneficiar a los suyos, y para el bien público tiene ofrecida su hacienda, su honra y su vida, al ejemplo del Señor, que vino *a servir, y a dar su vida en rescate de muchos* (Lc., 22). No es desabrido en las palabras, ni áspero en el gesto, porque no lo es en el corazón. Ni es pesado en despachar los negocios, porque el amor le hace la carga liviana; con el cual, aunque trabaja como esclavo, siente dulcedumbre en los trabajos como padre y pastor. Todo lo cual ni lo hace por alcanzar la vanidad de la fama, ni por fin de humana virtud; que esto no fuera *bailar delante del Señor*, mas delante los hombres; mas estas poquedades holladas, encumbra su intención al agradamiento (16) de Dios, y a la esperanza del eterno reino, que ha prometido a los que administrasen bien el temporal.

Y en particular *aquel rey se desnudará y bailará bien delante del Santísimo Sacramento*, que aunque generalmente tenga cuidado de todo lo bueno, lo tenga muy particular y muy encendido en amor de aqueste divinísimo Sacramento, cele mucho la fe y honra de él, y lo que toca a los sacerdotes, a los altares y a las iglesias, y finalmente, a lo mucho y a lo poco que de cerca o de lejos tocara a este Señor. Y si en todo tiempo es esto cosa debida, mucho más lo será en el presente cuando el principio de salirse muchos de la congregación de la santa Iglesia fué por tenerla en poco, y a sus ministros y a sus ceremonias. Castigue las herejías; porque quien no resiste al error, es visto aprobarlo; favorezca a los ministros de la fe y a los buenos Prelados, y su cuidado único sea como el pueblo cristiano, que es Arca donde mora el Señor, esté

(16) *Agradamiento*; la edición de 1596, *agradecimiento* (errata).

defendida de los infieles, y reformado en las buenas costumbres, para que pueda Dios recibir de él conveniente servicio, pues que para hacer esta obra ninguno es tanta parte como los reyes, si, dejando sus intereses aparte, y poniendo los hombros a ello, quisieren emplear en el negocio todo el poder que el Señor les dió para que le sirviesen. Y por consiguiente, se sigue que si esto no se hace, la mayor culpa y el mayor castigo para ellos será.

10.—Deberes de los señores.

Y tras el bailar bien el rey de esta manera, *bailen también a Dios los otros señores*, pues son participantes en el mandar y en la obligación, y lo serán en el galardón. Hagan también lo mismo, en su modo, la gente principal, y entiendan que aquel ir mañana en la procesión más cercanos al Señor que la otra gente, y tener en los templos lugares más cercanos a Él, no es cosa liviana, ni que se ha de usar de ella con descuido e inadvertencia, si no quieren ser alanzados más lejos de Dios eternamente en el otro mundo los que en esta breve vida fueren más cercanos a Él. Guarde Dios a la gente principal. Unos irán mañana llevando las varas del palio con que va cobijado el Señor, y otros irán cerca del mismo Señor. No lleven sus corazones desnudos de la divina gracia, que hace al hombre ser desemejable a Dios, y no vayan afeados con la imagen del demonio, que mora donde no mora la gracia, y tales, que el Señor que allí va, en cuyo acatamiento los escondrijos del corazón son más claros que la lumbre del sol, viéndolos de dentro tan abominables, y de fuera sirviéndole y cercanos a Él, les diga con justísima queja (*Mt.*, 15): *Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de Mí.*

Terrible cosa sería que el día que se hace fiesta a un rey entrase un criado suyo hasta la presencia real a hacerle alguna reverencia o servicio, y que llevase abrazado consigo a un capital enemigo del rey su señor, diciendo con la obra: «Aunque sé que éste es vuestro mortal enemigo, y que os hago en ello enojo muy grande, y aunque me habéis mandado que lo eche de mí, lo tengo de querer bien, y abrazarlo muy abrazado en vuestra fiesta, y en vuestra presencia.» ¡Esto sería celebrar fiesta al rey, o darle hiel y vinagre? Lle-

var al demonio en el ánimo, e ir cerca del Señor en la procesión, ¿es celebrarle día de fiesta, o renovar su Pasión? No así, no así, por reverencia de Dios; límpiense, confiésense, vayan con mucho acatamiento, amor y temblor, principalmente los principales, para que, siquiera un día en el año, vea el Señor nuestras ánimas amadoras de Él, y aborrecedoras de los pecados, que son sus enemigos, y tan capitales, que le quitaron la vida en la cruz, y que como a tales nos ha mandado que los aborrezcamos y echemos de nosotros, si queremos ser suyos.

11.—*Espiritu con que todos han de ir en la Procesión.*

Y todos, sin quedar ninguno, procuremos llevar la conciencia limpia con la confesión, y a más no poder, con la contrición; y no contentarnos con sólo el estruendo exterior de los cantos, danzas y regocijos que mañana se hacen, que aunque sean buenos, si no corresponde a ellos lo de dentro, a lo cual Dios principalmente mira, no será sino ofrecer un cuerpo sin ánima, una cáscara sin meollo y, en fin, apariencia sin existencia.

Los hombres de Betsames, que dijimos que fueron de Dios castigados por su desacatado mirar, muy devotos fueron en el ofrecer sacrificios; porque no sólo le ofrecieron las vacas y el carro que trajeron el Arca, mas otros muchos, así víctimas como holocaustos; y no por eso agradaron a Dios, ni les libraron del castigo que merecieron por su pecado. Ya tenemos de esto respuesta de Dios por boca del profeta Samuel, que dice (1 Reg., 15) que *quiere más obediencia que sacrificios*, y que donde hay pecado, ninguna cosa le agrada al Señor.

Advirtamos mucho que somos naturalmente inclinados a estos regocijos de fuera, y enemigos y descuidados de la virtud interior; y por esto los que los hacen y los que los miran no se descuiden en contentarse con ellos a solas, ni paren en ellos, mas tómenlos como motivo y despertador del amor y devoción interior; como salsa para comer el manjar; porque el oficio de las ceremonias exteriores éste es.

Y así el que cantare con la boca, cante juntamente y principalmente con el afecto del ánimo; el que bailare con el cuerpo, enderécelo al amor del Señor re-

gocijándose con su presencia; quien danza, dance al Señor, y no a contentamiento suyo ni ajeno; y los que miran a estos servicios y honra que al Señor se hacen, gócese en lo más dentro de sus entrañas de ver honrado a su Señor, cuya honra, sobre todas las cosas y con todas sus fuerzas, son obligados a desear. Y acuérdense de aquellas humildes reverencias, de aquel encendido amor, de aquellos alegres regocijos, que los ángeles y los santos en el cielo hacen; y digan con todo su corazón lo que dice David (Ps., 68, 35): *Alábenle los cielos y tierra, y el mar, y todo lo que en ellos está.* Y para darnos a entender cómo la celebración de esta fiesta ha de ser principalmente en el ánimo se dice en el dicho Concilio [de Viena] que *cante la fe y se regocije, y salte nuestra esperanza, y la caridad y devoción den palmadas de alegría.*

Y de esta manera cumpliremos la figura de los que ofrecían en la procesión del Arca, de seis en seis pasos (1 Reg., 6), animales al Señor; porque a la continua iremos nosotros mañana ofreciendo a nuestro Señor nuestros apetitos, nuestra voluntad, nuestra honra y hacienda, y nuestra propia vida, determinados de perderla antes que negar la fe de este Señor o quebrantar algún mandamiento suyo, diciéndole: Señor, pues disteis vuestra vida por mí, yo os doy la mía y todas mis cosas, para que dispongáis de ellas a vuestro santo servicio. Alentémonos todos a esto, y no nos contentemos con lo exterior.

Y haga cada uno esta cuenta dentro de sí: «Por ventura será esta fiesta la postrera que vea en mi vida: quiero ir en ella de manera que satisfaga lo que en otras fiestas, y en oír Misa y cosas tocantes a este Sacramento, habré pecado de un año acá y en toda mi vida. Quizá habré ido a la iglesia, no con la pureza de intención que debía; quiero ir mañana por amor de sólo Dios en esta procesión, y tan recogido y tan mirando a Dios sólo, como si no fuese más gente con Él, que Él y yo. Por ventura me habré vestido demasiado alguna vez para ir a la iglesia; no quiero mañana hacer alarde de mis vestidos y joyas, sino llevar tanta templanza, que satisfaga a lo pasado, y que ninguno tome ocasión de poner los ojos en mí y quitarlos de nuestro Señor.»

Y el varón oiga y cumpla lo que el Señor dice (Mt., 5, 29): *Si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y arrójalo de ti.* Baje los ojos; y si los alza, mire al

Señor. No hagas, cristiano, cuenta que tienes ojos mañana para mirar a mujeres; dáselos al Señor para que le sirvan a Él, pues Él te los dió; refrena tus malos deseos y tu vista de fuera; que mientras más penoso te fuere, más meritorio te será; y según es Dios lleno de misericordia, por ventura por verte mañana trabajar contigo por no le ofender con tu vista, te dará fuerza para que te quedes con la buena costumbre de tener vista casta y corazón casto, que no será pequeña merced. Y de esta manera dice San Pablo, templo del Espíritu Santo, que cumpliremos lo que nos dijo (1 Cor., 6, 20): *Comprados sois con precio grande; honrad y llevad a Dios en vuestro cuerpo y en el espíritu de vuestra mente.*

Hízonos Cristo esta merced, que pudiésemos ser *Arca divina* por la unión de su gracia, como lo es Él por unión personal. Procuremos que, pues recibimos por la creación un cuerpo y un ánima, que es madera dorada, no la tengamos vacía; mas cumplamos lo que está escrito del varón justo (*Ps.*, 36, 31): *Que la Ley de Dios está en su corazón. No seamos imprudentes; mas entendamos—como dice San Pablo (Efes., 5, 17)—cuál sea la voluntad del Señor; porque quien no la conoce, ¿cómo la podrá cumplir y tener?*

Esto es tener en sí *las tablas de la Ley de Dios*. Y después tengamos *el maná* celestial, que es Jesucristo, que con su gracia nos mantenga y consuele.

Y porque, aun con todo esto, caeremos en faltas, conviene que nos desvelemos y castigemos con santa corrección y disciplina, significada por *la vara sacerdotal*; y así hechos *Arcas divinas*, reposará el Señor en nosotros de mejor gana que en el sagrario, ni en el relicario, ni andas; porque si allí está y allí va, es por entrar y morar en nosotros. Y si le pudiésemos ver su Corazón amoroso cuando va en la procesión, oiríamos cómo nos va diciendo lo que dijo a Zaqueo (*Lc.*, 19, 5): «Cristiano, *desciende* de ese árbol de tu locura y desamorada ingratitud; humíllate a mí; conoce el amor que te tengo; aparéjame tu conciencia, *porque en ella deseo descansar y morar.*»

Alabadas sean, Señor, tus misericordias, que llegan a convidar y rogar Tú mismo contigo que te quieran recibir aquellos que no merecían que les volvieses tu faz, aunque muchos años te lo suplicasen. ¡No haya, Señor, por tu misma misericordia, no haya quien no te reciba en su casa, pues Tú con tanta benignidad

quieres entrar y morar en nosotros, y aun pagarnos colmadamente el hospedaje que te hiciéremos! Porque si *echaste tu bendición* haciendo señaladas mercedes a *Obededón* el levita (2 *Reg.*, 6, 11) porque recibió la otra tu Arca, ¿qué tales, y qué tan copiosas serán las mercedes que harás a quien bien recibiere en su pecho tu misma Persona? Darle has bendición de perdón de pecados, consolación entrañable con tu dulce presencia, lumbre para sus ignorancias, fuerza para sus flaquezas, y aumento de gracia con que más te ame.

TRATADO 19

EL MANÁ CELESTIAL.

Non sicut manducaverunt patres vestri manna.

No así como comieron vuestros padres el maná.

(Jn., 6, 59.)

1.—Dios sustenta a todos los vivientes.

Quien tiene hijos, es razón que tenga cuidados; y si buen padre es, los debe tener doblados, para dar mantenimiento de doctrina y buenos ejemplos al ánimo de sus hijos, y el mantenimiento corporal para sus cuerpos, so pena de caer en aquel infame vicio que San Pablo dice (1 *Tim.*, 5, 9): *El que no tiene cuidado de los suyos, y principalmente de los de su casa*—y aquí entran principalmente los hijos—, *la fidelidad ha negado, y peor es que infiel*; y también pudiera decir, «la naturaleza ha negado, y peor es que animal»; pues a todos es notorio cómo por natural instinto, animales y aves tienen cuidado de mantener sus hijos.

Alabado seas Tú, Señor, que tan lejos estás de que te sea dicho este baldón, pues no solamente a tus hijos adoptivos, que son los que están en tu gracia, mas a los bastardos y a los que te ofenden, derramando tu copiosa misericordia, *haces salir tu sol sobre buenos y malos, y llueves sobre justos e injustos* (*Mt.*, 5, 45). Y no sólo a hombres, mas a animales, aunque sea a una hormiga, y a las plantas, porque tienen una poca de vida, y a todo das mantenimiento cual conviene. En reconocimiento de lo cual, tu católica Iglesia te da las debidas alabanzas, diciendo: *El que da mantenimiento a toda carne, porque para siempre es su misericordia* (*Ps.*, 135, 25). Tú, Señor, das de

comer a los hijos de los cuervos, y les oyes (Ps., 146, 9). Y finalmente, los ojos de todas las cosas, cada una según su manera, a Ti se alzan y en Ti esperan; y no en balde, porque les das mantenimiento en el tiempo conveniente; abres la mano de tu magnificencia, e hinchas todo animal de bendición (Ps., 144, 15).

Gracias, Señor, damos a tu bondad por el cuidado que del mantenimiento de nuestros cuerpos tienes. Y pues que los animales, que de Ti reciben mantenimiento, no te pueden dar gracias, porque no te conocen, nosotros te las damos por ellos; y con mucha razón; así porque lo que a ellos das es para que nos sirvan con ello; y porque si un hombre cuerdo tuviese cargo de algunos locos o de algunos niños, y algunas personas les hiciesen bien, debía este tal darle gracias por lo que hace con ellos, pues ellos no se las pueden dar. Otra vez te alabamos, Señor, y besamos las manos de tu magnificencia, del cuidado que tienes de nuestro mantenimiento y de todas las cosas que viven.

2.—Al Pueblo escogido sustentó con el maná.

Más adelante pasó el cuidado de Dios en *Ley de escritura* del que tenía en *Ley de naturaleza*. Porque como tomó pueblo distinto, al cual dió conocimiento de Él, y le dió honra de nombre de *suyo*, convino que le honrase con mantenimiento especial, para darle a entender el amor particular que le tenía, para que viendo las maravillas que con él hacía, más se confirmase en la fe de Él, y tomase aquel beneficio en prendas de otros mayores, y le fuese incentivo para más le amar.

Saca Dios a Israel de Egipto con grandes maravillas; llévalo por el desierto, tierra sin pan; y cuando se les acabó la provisión que de Egipto sacaron, y les faltaron los medios humanos para se mantener, proveyó Dios en el tiempo de la necesidad (*Eccli., 36*) (que aquella es la hora propia de sus misericordias); mantúvolos con un pan singular, nunca hasta entonces visto, sin ser arado ni sembrado, sino enviado del cielo; pan tan precioso, que de él canta David (*Ps., 77, 24-25*): *Pan del cielo les dió, y el hombre comió pan de los ángeles.*

Este es el que se llama *maná*, que era formado en el aire, que por ser región alta, se llama *cielo*; y se

llama *pan de los ángeles* (*Sap.*, 16, 20), porque por su ministerio se hacía y descendía. Él venía *junto con el rocío* o helada (*Num.*, 11, 9); y a algunos parece que la helada venía primero, y el maná se asentaba encima de ella, y luego el rocío encima del maná, que lo tenía cobijado y escondido hasta que venía el sol y derretía el cobertor del rocío, y aparecía el maná, que era unos granos menudicos *como simiente de culantro, y blancos como un aljófár; y su natural sabor era como de miel* (*Ex.*, 16, 31); aunque, para enseñar la bondad divinal su dulcedumbre, y cuán amigo es de darla a los suyos, dió a este manjar sobrenaturalmente tal virtud, que supiese, a los buenos que lo comían, a cualquiera otra cosa que ellos deseasen o tuviesen gana (*Sap.*, 16, 20-21). Cosa maravillosa, que unos granillos blancos valiesen por sabor de perdices, y de gallinas, y de fruta, y de cualquier cosa que al gusto tocase. Es Dios sabroso, y dador de sabores a las personas que le son obedientes en los servicios.

Y por el contrario, los que eran malos y golosos, y que no se contentaban con comer el maná como Dios se lo enviaba, sino que, por hallar en él más sabor, lo molían y hacían tortas y las cocían, no sólo no hallaban en él aquellos sobrenaturales sabores que los buenos hallaban, mas ni el natural de miel que el maná tenía; porque según la Escritura dice (*Num.*, 11, 18): *Sabiales a pan rociado con aceite.*

Cada día acaece esto, que por no querer ir por el camino que Dios nos lleva, por no contentarnos con lo que nos da y por el medio que nos lo da, buscamos nosotros otros caminos más placenteros y que más provechosos nos parecen; y no sólo no mejoramos nuestros negocios, mas aun los empeoramos. Justicia justísima es que, si el ciego quiere ir delante del que sabe el camino muy bien y le quiere guiar, que tropiece y se descalabre. Y el hijo mozo que pidió la parte de su hacienda a su padre y quiso regirse por sí, perdióla muy presto, y aun a sí mismo con ella, y de hijo muy honrado y abastado en la casa de su padre, vino a ser guarda de puercos, y a no hartarse aun de lo que ellos comían (*Lc.*, 15, 16). No le dañara ser mozo ni su poca experiencia, si quisiera vivir debajo del regimiento (1) de su padre.

(1) *Regimiento*: gobierno, régimen.

Tornando al propósito; con este pan mantuvo el Señor aquel grandísimo ejército que de Egipto sacó, y hasta que lo llevó a la tierra que había prometido, nunca le dejó de proveer con este manjar por tiempo de cuarenta años enteros (*Ex.*, 16, 35). Y porque merced tan señalada y tan milagrosa nunca de su pueblo fuese olvidada, ni cayesen en desagradecimiento del tal beneficio, mandó Dios a Moisés, al principio que les dió este pan, que hinchese de él un vaso, y lo pusiese en el *Sancta Sanctorum*, junto con el Arca del Testamento de Dios (*l. c.*, 33, 34).

Esta es la historia, aunque abreviada, de la divina providencia en mantener a su pueblo antiguo que de Egipto sacó; con la cual estaban los judíos tan ufanos y favorecidos, que les parecía que no podía haber mejor ni más maravillosa ni excelente comida que aquésta. Y así cuando el Señor les habló diciendo (*Jn.*, 6, 27): *Obrad manjar que no se acaba, mas que permanece en la vida eterna*, acordándose ellos de su maná, le dicen: *¿Qué señal obras Tú para que creamos en Ti? Porque nuestros padres comieron pan del cielo, según dice la Escritura (Ps., 77, 24). Disteles pan del cielo, y el hombre comió pan de ángeles.*

3.—El verdadero pan del cielo.

¡Oh gente grosera, que no sabéis sino de la tierra, no estimáis sino el mantenimiento del cuerpo! Dios os dé su luz, y orejas interiores con que sepáis oír y entender el Pan divino que ese Maestro, a quien preguntáis, que del cielo vino, os dará. *De verdad os digo*—dijo la verdad de Dios (*Jn.*, 6, 32, 51)—*que Moisés no os dió pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Yo soy pan vivo, que del cielo descendí, para que todo aquel que de Mi comiere viva para siempre.*

Pareciéoles bien el pan que mantiene *para siempre*; parecióles cosa recia que, Aquel que era tenido por hijo de una mujer y de un hombre a los cuales ellos conocían, dijese que había descendido del cielo. Y declarando el Señor más el misterio de este mantenimiento, que hace vivir para siempre, díjoles (*l. c.*, 52): *El pan que yo daré, mi carne es, por la vida del mundo.*

Espantáronse más, y dijeron: *¿Cómo éste nos puede dar su carne para comer?*

Gente grosera y tosca, sin fe y sin prudencia; que ya que ellos se engañaban en la manera del entender, preguntáranle al Señor, y dijéales que no entendía Él que habían de comer su carne sagrada así a bocados y a tajadas como la carne de un animal que la cortan en la carnicería (2). Fuéronse del Señor, porque les parecía que esta doctrina era dura; ¡y éranlo ellos! (3). Porque San Pedro, como tenía lumbre del Señor, siendo preguntados los Apóstoles por el mismo Señor: *¿Y vosotros queréis también iros como éstos?*, respondió: *¿A quién iremos, que tienes palabras de vida eterna?* Tanto va en la disposición de quien recibe la doctrina, que por una misma palabra uno huye de quien la enseña, y otro se llega más; y esta palabra de este divino pan es de tan alto misterio, que sin lumbre de Espíritu Santo no se puede creer. Que por ésta dijo el Señor (l. c., 44): *Ninguno puede venir a Mí, si mi Padre no le trajere*. Enseñó el celestial Padre al bienaventurado San Pedro allá dentro de su corazón la verdad de la fe, y con aquella lumbre creía quién era nuestro Señor, y ser verdad todo lo que decía, ahora lo entendiése, ahora no, como ha de hacer el verdadero creyente.

Gracias y alabanzas te damos, Señor, todos cuantos estamos aquí, por nos y por toda la Iglesia católica, por tu grande misericordia que nos ha dado lumbre y firmeza de fe para que creamos que tu Hijo bendito, aunque, según hombre (4), fué engendrado en la tierra, según Dios, fué engendrado de Ti antes de la creación de cielos y tierra, y que descendió del cielo para nosotros hombres, y por nuestra salud fué hecho hombre, y murió por nosotros, y está encerrado debajo de aquella Hostia sagrada que allí está.

Para aquí, para aquí es la fe; porque aquí hay grandísimas causas para que todo entendimiento humano y angélico se admire y salga de sí.

Salieron los judíos al campo cuando vieron aquellos granos menudicos y blancos; maravilláronse mucho,

(2) San Agustín.

(3) *Eranlo ellos*; la edición de 1596 dice: *errando ellos*.

(4) *Según hombre...*, según Dios: en cuanto hombre..., en cuanto Dios.

y dijeron (*Ex.*, 16, 15): *Manhu?*, que quiere decir: *¿Qué es aquesto?* Y respondiósle Moisés: *Este es el pan que dió el Señor para comer* (*l. c.*, 16). «Si te maravillas de la sombra—dice San Ambrosio—, ¿con cuánta más razón, del cuerpo que causa la sombra?» Aquel *maná* con que se mantenían los cuerpos que caminaban por la tierra desierta a la tierra prometida por Dios, fué figura de aqueste dulcísimo manjar que tenemos aquí presente, dado para que sustente la vida espiritual.

Los cristianos que cuando se bautizaron, salieron de Egipto, ahogados sus pecados; recibieron la gracia y virtud del Espíritu Santo, nuevo ser y nueva vida. hechos hijos adoptivos de Dios, a los cuales prometió el cielo, si guardasen sus santos mandamientos. Y para que en tierra desierta, de tan recios enemigos, tengan fuerzas para caminar y para se defender, les es dado este fortísimo manjar, que les conserve la vida que recibieron en el santo Bautismo hasta que lleguen al cielo.

Mas así como va mucha diferencia de la vida del cuerpo, para cuyo mantenimiento era aquel maná, a la vida del ánima, para cuyo mantenimiento nos da el que tenemos, así hay mucha diferencia de la causa de admiración que aquéllos tuvieron, que les hizo preguntar. *¿Qué es aquesto, Señor, para siempre bendito?* No preguntamos para creer, ni queremos entender para creer; porque aquello es cosa de infieles, tasados, y apocados y miserables, y os quieren hacer a Vos semejable a ellos, sintiendo de Vos tan bajamente, que lo que ellos no pueden entender, no pueden creer que Vos lo podéis hacer. ¡Lejos vaya, Señor, tal blasfemia! Hijos somos de vuestra Iglesia católica romana; y enseñados de ella, creemos que debajo de esos accidentes de pan está verdaderamente vuestro Cuerpo sagrado. Y aunque no lo entendemos, *porque lo creemos*, como dice David (*Ps.*, 115, 1), *osamos hablar*, y para nuestro consuelo, y para agradeceros más esta merced, preguntar, no a Moisés, Señor sino a Vos: *¿Qué es esto, que delante de nosotros está?* ¿estos preciosos granos de aljófár, cobijados con rocío de accidentes de pan?

Responde el Señor (*Jn.*, 6, 32): *No os dió Moisés pan del cielo; mas mi Padre os da pan verdadero del cielo; pan que comen los ángeles, pan lleno de toda suavidad y esfuerzo.*

Ahora, Señor, tenemos más de que nos admirar y preguntar: *¿Qué es aquesto?* ¿Quién somos nosotros, Señor, para que el Eterno Padre tanto amor y cuidado tenga de nos, que nos envíe desde el cielo por manjar a Vos que sois su Unigénito Hijo?

Tiene mucha razón Job (7, 17) de espantarse—y nosotros mucha mayor—de tu inefable bondad y efectos de ella diciendo: *Señor, ¿qué cosa es el hombre por que lo visitas y pones en él tu corazón?* Si se espanta de que Dios haga mercedes al hombre y le visite con ellas, ¿qué diremos de tan inefable merced, que Él mismo en persona venga a nos visitar, hecho manjar con que viva nuestra ánima?

4.—*Panis angelicus.—Fit Panis hominum.*

Inefable dignidad es aquésta, mayor, sin comparación, que la que Dios nos dió cuando nos hizo merced de los manjares del cuerpo; porque aquéllos también los dió a los animales, y antes parece más bajeza que alteza sentarnos a una misma mesa animales y hombres. Mas [danos] (5) este Señor en manjar pan que en el cielo comen los ángeles, no sólo contemplando su divinidad, mas también su sacra humanidad, mirándola con grandísimo deleite, cebándose en el conocimiento y amor de aquella sacratísima ánima del Verbo de Dios, y admirándose de aquella gracia sobre todas las gracias con que la santa Humanidad está unida personalmente al Verbo de Dios y está hecha más alta que todos los ángeles (*Hebr.*, 1), y reverencian al Verbo encarnado como a su Criador en cuanto Dios, y su Rey y Señor en cuanto hombre, y se deleitan en gran manera en pensar cómo se humilló a ser hombre, y del excesivo amor que tuvo en la cruz, y subieron muy alegres con Él cuando de la tierra subió al cielo.

Y con todo esto, es tanto el bien que Dios hizo a los hombres, que cuando un sacerdote toma el pan en las manos, y diciendo las palabras de la consagración, lo torna en Cuerpo verdadero de Jesucristo, tiene manjar en sus manos con que pueda, y muy sin empacho, convidar a los ángeles del cielo, aunque sean los más altos de los querubines y serafines, a que

(5) Los impresos que hemos consultado traen *darnos*.

vengan a la tierra a un altar a gozar de un convite, que no se arrepientan de haber venido a él. Mas no esperan ellos a que los convidemos; ellos se vienen, atraídos del olor del manjar suavísimo. Que como en el cielo lo comen, y experimentan su dulcedumbre, vienen del cielo a la tierra a le gozar; y no solamente harían esto, mas si fuese posible, por lanzas y fuego se meterían, por venir al altar a reverenciarlo, gozarlo y espiritualmente comerlo.

No os maravilléis de aquesto, ni os sea cosa increíble; porque aunque este manjar que aquí está, es el mismo de que ellos gozan y se mantienen en el cielo con vista clara y gusto indecible; mas está guisado en el altar de otra manera que en el cielo; y es tan admirable la sabiduría, es tan indecible el amor, y las circunstancias, con que está guisado, tan nuevas y tan sobre todo entendimiento, que reciben grandísimo deleite en las contemplar, y dan alabanzas y gracias a Dios nuestro Señor que tal obra hizo, como gente que sabe bien ponderar esta obra y maravilla de Dios. Alabado sea, Señor, tu nombre, que hay quien sepa conocer esta merced, y engrandecer tu sabiduría, y gozar de aqueste manjar. Alábenle, Señor, los ángeles, agradézcantelo, Señor, por nosotros, pues que nuestra vista es tan corta, nuestra virtud tan tasada para saberte mirar y servir.

Un convite hizo el rey Asuero en el tercer año de su reinado (6), y convidó a él todos los príncipes de su reinado, y a los gobernadores de las provincias; hecho con grande aparato de muchos y diversos manjares traídos a la mesa con diversidad de vasos de oro. El vino que les dió a beber era vino precioso y real; estaban las mesas en una sala cerca de un huerto; el suelo cubierto de esmeraldas y mármol, muchas tiendas sustentadas con cordeles de Holanda y carmesi metidos en anillas de marfil, y sustentados en columnas de mármol. Comieron primero en el convite, que duró muchos días, la gente principal, y después convidó a toda la gente que estaba en aquella ciudad, desde el mayor hasta el menor, sin que ninguno quedase; y todo esto a intento—dice la divina Escritura (Esth., 1, 3-7)—de enseñar sus grandes riquezas y la gloria de su poder.

(6) Del convite de Asuero habla largamente el autor en el Tratado 14, n. 15.

¡Oh dichoso pueblo cristiano! ¡Oh dichoso tiempo de la *Ley de gracia*, año tercero del reinado de Dios, en el cual hizo el admirable convite, haciéndose hombre, no lo habiendo hecho en Ley de naturaleza ni en Ley de escritura! En lugar de los manjares y vino y vasos de oro y marfil, carmesí con holanda y todo lo demás—que todo es tierra, poquedad y miseria—, toma una sacra humanidad, más preciosa que todo lo criado, y en un portal de Belén, sala más preciosa que la de los reyes, sale del virginal vientre el Pan del cielo, Jesucristo nuestro Señor. Y los convidados fueron los ángeles; embriagados de tal dulcedumbre, adorándolo, y van a rogar a los pastores que vengan a tan gracioso convite; y de muy contentos y hartos, dijeron aquel dulce cantar: *¡Gloria sea a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!* (Lc., 2, 14).

¿Qué contemplaciones tan gustosas os parece que tendrían los ángeles de ver a Dios humillado hasta ser hombre, y nacido en un pobre portal, reclinado en un pesebre, cercado de pañales de muy poco precio? Miraban su amor, admirábanse de Él, encendíanse ellos con Él, y eran mantenidos admirablemente.

Allí comenzaron a gustar de Él, y comieron a su mesa, y siempre le acompañaron, y atentamente contemplaron el maravilloso discurso de su vida, sus obras heroicas, su doctrina divina, su amor en la cruz, su poder en la Resurrección y su gloria de la alteza en la Ascensión.

¡Qué bien ha cumplid Dios nuestro Señor con los Príncipes de su reino, con los Gobernadores de sus provincias, con todos sus ángeles!

Y los pequeños, Señor, los huérfanos del linaje humano, ¿no tendrán parte en vuestro convite? ¿no comerán siquiera *de las migajas que caen de la mesa de los señores*? ¿Qué dices, Señor?; que te piden los pobres manjar para que no perezcan de hambre; y pues has hartado los grandes, no te olvides, Señor, de los chicos. *Los pobres y menesterosos*—dice Dios (Is., 41, 17)—*buscan agua, y no la hay; la lengua de ellos con sed se ha secado. Yo el Señor los oiré; Dios de Israel, no los desampararé.* ¿Que comeremos, Señor, y beberemos los pobres a la mesa de los Angeles ricos? ¿Que levantarás a los pobres del polvo, para que se sienten con los principales de tu pueblo? (1 Reg., 2, 8; Ps., 112.)

Otra vez sea tu voluntad alabada millones de veces.

y para siempre sea bendito tu amor; que si el rey Asuero convidó a su mesa, donde comían sus grandes, a todos los de su ciudad, por muy pequeños que fuesen, Tú, Señor, pues eres más largo en bondad que aquel rey y que todo lo criado, quisiste convidar a los hombres, y de los hombres a los más bajos de los hombres; de manera que ninguno, por pequeño que sea. le sea vedado entrar y sentarse a la mesa de que tus ángeles comen. *O res mirabilis!... ¡Que el muy pobre, el siervo y el más bajo come al Señor! Señor, ¿quién de los hombres entenderá las grandezas de tus misericordias con que nos precias, nos ensalzas a que comamos de Ti en compañía de los bienaventurados ángeles, gente principal de tu pueblo?*

Ellos mejor saben comer de este divino manjar que nosotros; más fuerte calor tienen para lo amar, gustar y gozar; mejor saben agradecerlo y estimarlo que nosotros. Mas esto osen los hombres decir, a gloria de aquel Señor que allí está, e hizo el convite, y es el manjar del convite; que aunque ellos sepan mejor gustar el manjar, mas que hay en él tales circunstancias y tal salsa, que tenemos muy grandes causas para gozar y gustar de aquel divino manjar mucho más que ellos.

¡Ángeles del Señor, que aquí estáis sirviendo y acompañando a nuestro Rey Jesucristo, y todos los que en el cielo y en cualquier parte estáis! Bien sabemos que estáis llenos de verdad, y vacíos de todo desordenado amor propio, y que os gozáis de los bienes de los pobres, y que no os desdeñáis de los servir y poner encima de vuestra cabeza, por amor de Aquel que es Cabeza de los hombres y cabeza de [los] ángeles. No tengáis por mal que contemos las obras y las misericordias de Dios hechas a los hijos de los hombres (Ps., 106, 8). Y dígase por autoridad de San Pablo—al cual muy bien conocéis (Hebr., 2, 16)—: *No tomó Dios a los ángeles*—quiere decir: «no se hizo Dios ángel»—; *mas de la simiente de Abraham*, porque tomó carne de su linaje.

Si primero que nosotros comenzasteis a gozar de Dios hecho niño; mas nosotros, con la santa Iglesia (7), cantaremos: *Por nosotros hombres, y por nuestra salud descendió del cielo a la tierra, y encarnó por*

(7) Credo romano.

Espíritu Santo de Santa María Virgen, y fué hecho hombre.

Con Él anduvisteis, y os deleitasteis en verlo a Él y a sus obras; y muy bien supisteis ponderar la obra de su amor, por el cual dió la vida en la cruz; mas a lo menos no cantaréis: *Crucificado también por nosotros debajo del poder de Poncio Pilato, padeció, y fué sepultado*, como lo cantamos nosotros.

Y si este amor que Dios nos tuvo, por ser de cosas pasadas, no nos parece salsa tan eficaz para que comamos este divino manjar con particular gusto, ven-gamos al tiempo presente

¡Señor, nuestra honra, nuestro amador verdadero! ¿quién te trajo ahí? ¿Quién te ha encarcelado ahí? ¿Qué haces ahí? ¿Que quieres? ¿Qué buscas? Decláranos, Señor, esta cuestión; sentencia este pleito: ¿Has tomado ese hábito pobre; has bajado a ese porta! de Belén; haste puesto debajo de cantidad tan pequeña, por amor de los ángeles santos, o de los hombres pecadores y pobres?

No, Señor, no por los ángeles, sino por nosotros; porque ellos allá os tenían en el cielo; mas los pobres de acá quedábamos sin Vos; y como, aunque os subisteis al cielo en cuerpo y en ánima, vuestro Corazón y amor se nos quedó acá, y donde está vuestro Corazón está vuestro tesoro (*Mt.*, 6, 21), quisisteis venir con el cuerpo a estar presente con los que amáis estando lejos. Y si queremos saber si venís de mala gana, muchos años ha que Vos dijisteis que vuestros deleites son *estar con los hijos de los hombres* (*Prov.*, 8, 31). ¡Oh verdaderamente encarcelado de amor! ¡Oh verdaderamente amador de los hombres, pues por ellos naciste, y te diste en precio, derramando tu preciosa Sangre en la cruz, y para ellos mismos te has hecho manjar, y son los principales del convite, y los ángeles son los accesorios!

Señor, mientras más te preguntamos y nos respondes, más tenemos que preguntarte.

Preguntámoste, Señor: *¿Qué cosa es esto?* Respondiéstenos que era pan verdadero que el Padre nos dió. ¡Dichosa renta por cierto!

Mas hácenos tornar a preguntar: Señor, *¿qué es aquesto*, que nos ensalzas a comer a una mesa con tus santos ángeles, y que te hayas hecho hombre y manjar por nosotros, y no por ellos? ¿Qué te queda que darnos? ¿Qué lugar te queda adonde subirnos?

¡Oh bondad sin tasa! ¡Oh amor sin medida, que tienes convidados a los hombres para que coman y beban sobre tu mesa; y siendo el manjar Tú, los conviertes en Ti; y siendo Tú verdadero Dios, haces a ellos dioses por participacion! (Ps., 81).

¿Estareis, hombres, contentos? ¿Andaréis ya hambreado por las cosas perecederas? ¿Podreis por ventura alcanzar, aunque todo lo criado sea vuestro, tales bienes como en esta mesa sagrada os son dados, de honra, deleite y riquezas, el menor bien de los cuales es mayor que todos los bienes del mundo? Y el ser uno de los menores de aqueste convite, es el ser mayor que todos los mayores del mundo; y según Isaias (60, 22) *el chiquito valdrá por mil, y el muy pequeño por gente fortísima*. Sabed, hombres, preciar al Señor que tanto os precia; sabed preciar el valor de tal vida, para la cual fué necesario perder Cristo la suya en la cruz, para que mediante el santo Bautismo, recibiésemos vida espiritual los que estábamos muertos.

Y para que esta vida no se perdiese, sino que se conservase y aumentase, nos es dado el Hijo de Dios para manjar; y para eso está allí cumpliendo muy de verdad la figura del *maná*, y excediendo en tanta proporción, que en comparación de este manjar, el otro no se llama manjar verdadero. *No os dió Moisés*—dijo el Señor—*pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo*. No era el otro pan de mentira; mas era pan de figura, y pan imperfecto, por ser pan del cuerpo; mas el Cuerpo de nuestro Señor es pan del ánima, y su virtud también resulta en el cuerpo; y excede tanto en valor al otro, que ninguna comparación hay

Y no sólo en esto se cumple la figura del otro, mas también en que, como el otro, pasados los cuarenta años que cayó en el desierto, estuvo guardado en el templo de Dios en memoria de tal beneficio y de agradecimiento a Dios por él; así este sagrado manjar, no sólo cuando de nuevo se consagró, mas después acá ha estado en la Iglesia, y estará hasta que el mundo se acabe, no viejo, sino siempre nuevo, convidándonos con más razón a que lo agradezcamos a Dios y nos aprovechemos de él comiendo de él y viviendo por él, que el otro pasado; que aunque estaba en el templo, serviriales de memoria, mas no de manjar.

¡Cuán bien, Señor benditísimo, tu sagrado Cuer-

po cumple la figura del maná pasado, y con muchas ventajas!

Y si no hubiera otra figura, que cumplimos nosotros, todo fuera de alegría y contentamiento. De Ti, Señor, se dijo (*Mc.*, 7, 37): *Todas las cosas hiciste bien*; y por cierto, así es la verdad; que muy *bueno y suave ha sido tu espíritu* (*Sap.*, 12, 1), *y demostrado has tu dulcedumbre a tus hijos* (*l. c.*, 16, 21) en mantenerlos contigo mismo, para que comiéndote a Ti, vivan por Ti.

5.—¿Por qué te fastidia el maná celestial?

Mas ¡ay de mí! que no sólo el maná es figura de tu Cuerpo sagrado, mas los que entonces lo comían son figura de los que lo comemos ahora; y entrando nos otros en *la fiesta*, por alegre que sea, luego *la convertimos en tristeza y lloro*, como muy bien *se acordaba Tobías* (*Tob.*, 2, 6) *que lo decía el Profeta Amós* (8, 10).

Comían aquel maná los que eran buenos; y no faltaba nada para el verdadero mantenimiento y buen uso de él, si la disposición y humores de quien lo tomaba estaban buenos y sanos. El manjar que tomaban era bueno, obraba en ellos su operación, y dábales fuerza para caminar, y deleite, sabiéndoles a todo lo que querían; y así vivían vida sana y alegre, como lo hacen ahora los que bien reciben este manjar santo.

Mas ¿qué diremos? Que como entonces hubo quien se descontentó de aquel manjar, y por ser delicado, no les hartaba, y decían que quisieran estar en Egipto para comer *ollas de carne, puerros, cebollas y cohabros* (*Num.*, 11, 4, 5; 21, 5), que, según había muchos, los daban de balde o baratos. Ellos eran los desabridos, carnales y miserables, indignos de tan buen manjar como Dios les daba. Fueron ingratos a Dios, despreciadores de su manjar, y sintiólo Dios mucho, y castigólos muy bien, aunque les dió carne como deseaban.

Y ¡ay de nosotros, hermanos, que hay muchos entre nosotros que ni precian este sacratísimo Pan, ni tienen gana de comer! Y si lo comen, van tan mal aparejados, que siendo Él bastante a henchir todos los deseos del hombre, se quedan tan vacíos que dicen (*Num.*, 11, 6): *Seca está nuestra ánima; no ven*

nuestros ojos sino maná. Si fuera aquel maná pasado, aunque fuera culpa, tenía su excusa con decir: «Otros manjares hay con que vivamos; no es mucho que tengamos aquéste en poco y deseemos los otros.» Mas ¡pobre de mí!, ¿adónde iremos, Señor, que Tú sólo das la vida, y tu Cuerpo es manjar de vida, y sin él no hay sino muerte y tinieblas? Y por eso, de los tales se cumple muy bien lo que la Escritura dice (*Ps., 106, 18*): *El ánima de ellos abominó todo el manjar, y acercáronse a las puertas de la muerte.* No es cosa muy peligrosa tener fastidio de un manjar y apetito de otro: mas tener abominación de *todo manjar*, hace llegar a las puertas de la muerte, porque sin comer no se puede vivir.

Desengañaos; un manjar es aqueste que Dios nos ha dado; mas tiene virtud de todos manjares; y quien de sólo éste tiene fastidio, bástale para morir, pues que fuera de él no hay manjar que dé vida.

¡Oh Señor, y si te tuviste por ofendido, y tu manjar por despreciado, cuando aquellos pasados se fastidiaban de él, ¡qué reciamente te quejarás de nosotros, que habiendo Tú desveládotte en darnos un manjar que eres Tú mismo, y guisádolo con amor nunca visto ni oído, y con este amor haberlo dado a los hombres y rogarles con él, que haya gente que ni el valor de tu Persona, ni la dulcedumbre con que lo has guisado, ni las maravillas que en él están, ni la vida que, comiendo de él, les prometes, sean bastantes a ponerles gana de comer de Ti! ¡Oh hijos de los hombres, abajad vuestras cabezas, cobijad vuestras caras de vergüenza! Confundíos, gemid y llorad, porque nuestra ceguedad, ingratitud y maldad llega a tanto, que tengamos fastidio de comer a Dios humanado; manjar en el cual no sólo están juntos todos los deleites, mas todos juntos en comparación de él no son deleites.

¡Hombre, hombre, que no te hinche (8) aqueste manjar! ¡y que deseas hartarte de carne podrida, que pára en corrupción, y en tal parará quien la siguiera! ¡Hombre, que deseas mantenerte del bien de las honras vanas, de espinas de las riquezas, todo lo cual es *puerros y cebollas*, cuya comida no sólo no da contentamiento perfecto, mas consume la complexión; y estándolas comiendo con la boca, saltan los humos a

(8) *Hinche* (de henchir): llena, satisface.

los ojos, y los hacen llorar; porque aun estando el hombre haciendo el pecado, allí le está remordiéndole la conciencia; y tomando un poco de deleite corporal y temporal, le están atormentando su ánima!

Di, hombre engañado, ¿qué piensas que los *cohom-bros* de Egipto—que son los pecados—, porque hay muchos de ellos, y tras cada cantillo los hallas, y aun te ruegan con ellos, que por eso se te dan de balde? Entra el pecado por una puerta, y con él los demonios, y obligan a tormentos eternos; sálese por otra puerta Dios y su gracia, y pierdes el cielo; si esto es comer de balde, siendo el escote tan caro, yo digo que no hay cosa en el mundo que sea costosa.

Y si no crees, espera un poco, cuando te asienten en los infiernos en un mesa cual la vió Isaías (28. 8) cuando dijo: *Mesas llenas de vómito y de suciedades*, vomitarás, cierto, y con las setenas de dolores, lo que aquí comiste de tus malos placeres; y experimentarás lo que Dios ha amenazado a los tales, diciendo (*Jer.*, 23, 15): *Yo les daré a comer ajenjos, y a beber hiel.*

Dime, hombre a quien es desabrido este manjar celestial, y te son sabrosos los pecados del mundo: ¿Quién hizo los placeres, y los sabores y los deleites? ¿Por ventura no los hizo Dios? Preguntó Dios a Moisés (*Ex.*, 4, 11): «¿Quién hizo la boca? ¿Por ventura no la hice yo? ¿Pues por qué temes de llevar mi embajada? Aunque seas tartamudo, yo seré en tu boca y sabrás hablar.» Cristiano, sabe, si no lo sabes, que esas cosas que te deleitan, esa honra y riquezas que precias, no las hizo otro sino aqueste Señor. Y entiende que todas ellas son una gota de agua para lo que Él tiene en comparación de la grandeza del mar. Si del otro maná se escribe que tenía *todo deleite*, ¿qué será de éste, que es Criador del otro, e infinito le excede? Si no, preguntad a los ángeles si es Dios sabroso.

¡Oh humana miseria! ¡Oh cristianos! Despertad por amor del Señor. Admírense los cielos, y como Jeremías (2, 12) decía: *Cáiganse sus puertas de espanto* de que haya hombres que tomen fastidio del manjar que es Dios, y que dejen la *fuelle del agua viva* por desabrida, rogándoles con ella, y vayan a buscar para beber ciego podrido en las *cisternas disipadas* de las criaturas. Aquí les ruega consigo mismo, y no le quieren; y ruegan ellos, y trabajan por alcanzar las cosas que desean, y ni el mundo, ni demonio, ni carne aun no les dan de sus manjares lo que ellos

querrían. Cautivos de Adonibecec, que los tiene *debajo de su mesa, cortados los pies y las manos* para que no hagan bien ninguno, y aun de sus manjares no les da pedazo de pan entero, mas de *las migajas de la mesa* (*Judic.*, 1, 7) que le caen a él de su mantenimiento. Hijos pródigos, que guardan los puercos de los demonios, y aun no se hartan de lo que comen los puercos (*Lc.*, 15, 16).

Dime, hombre, ¿por qué te fastidia este divino manjar? ¿Qué cosa se pudo pensar más al contrario de lo que ello es? Si fuera algún manjar grosero que provocara a vómito, manjar de poco precio, manjar mal guisado, tuvieras excusa. *Entremos en cuenta*—dice Dios (*Jer.*, 2, 5)—: *¿Qué han hallado vuestros padres en Mí, porque se apartaron de Mí, y se fueron tras la vanidad, y se tornaron vanos?*

Y hablamos, Señor, con vuestra licencia, que como se tornan vanos por amar la vanidad, se tornan dioses por comeros a Vos. Hombre, responde a Dios, que te dice: ¿Qué has hallado en Mí, porque has huído de Mí?; y se te pasan meses, y si fuese a más no poder, se te pasarían años que no quieres sentarte a mi mesa, y recibir mis dulces abrazos, dándote Yo a Mí en manjar, y por sobremesa prometiéndote el cielo porque me has recibido en la tierra. Respóndeme, hombre: ¿no tienes qué?

¡Ay del hombre cuando se vea en el estrecho juicio de Dios, y le ponga Dios esta demanda, no con la blandura que yo aquí la digo, mas haciendo temblar a quien la pusiere! ¿Por qué fuiste causa que me desvelase yo en hacerte un manjar que me costase la vida para que tú vivieses, y quieres más morir comiendo ponzoña que vivir comiéndome a mí? ¡Y que sean *mis deleites estar con los hombres* (*Prov.*, 8, 31) (teniendo muchas causas para ni verlos ni oírlos, y que me diesen en rostro ellos y sus cosas), y que tengan ellos por pesadumbre que les digan de mi parte: «Confesaos y recibid al Señor»; y que no tengan en nada que yo estuviese aquí o no!

Hombres, ¿qué falta habéis hallado en este divino manjar, del cual esta escrito (*Sep.*, 16, 20): *Distele, Señor, manjar aparejado?* Aun el nombre de *maná*, quiere decir tambien *aparejada cosa es ésta*. ¿Cómo? *¿qué cosa es ésta?* (*Ex.*, 16, 15). *Manjar aparejado*, que ni lo sembraste, ni lo araste; sin que te cueste nada, sin que hicieses nada, y antes que fueses nacido,

ya Dios te tenía aparejado este manjar. Si no, dime: ¿qué te ha costado estar allí el Señor hecho manjar tuyo, convidándote a que lo quieras comer? No tienes qué responder a esta pregunta.

6.—*¡Más le costó a Cristo!*

Mas quiero yo responder por ti, y dar la causa por que hallas fastidio en este manjar y te vas a buscar otros; quizá tendrás vergüenza de la decir delante de tanta gente; yo la diré; mas si, diciéndolo yo, no te parece muy mal y no te enmiendas de ella, delante de los cielos y de la tierra y de los infiernos te será dicha con gran confusión tuya y condenación.

Tu manjar, Señor, muy bien aparejado está, y cualquier cristiano, por malo que sea, si no es hereje, no puede poner falta en Ti. Él bien cree lo que Tú dices, que eres manjar que del cielo descendiste, y que das vida a quien bien te recibe, y que fuera de Ti, que ni hay vida ni gracia; muy bien aparejado dice que estás, y que estarlo así, a él no le costó nada. Mas aquí, Señor, está la llave del negocio, por qué no quiere venir a comer; porque para ello le piden a él mucho aparejo y muchas condiciones; pídenle que se confiese; pídenle que restituya lo ajeno; pídenle que no blasfeme de Ti, que no se perjure (9); piden al casado que no conozca ni codicie otra mujer; y al que no lo es, que viva en castidad. Y parécenle estas cosas tan intolerables y tan costosas, que a trueco de ellas quiere perder la mesa de Dios y el manjar de Dios, y aun estar toda su vida sin Él.

¡Oh mal hijo, que tienes por carga decirte tu padre que seas bueno! ¡y mala mujer, porque tu marido te dice que no seas adúltera, huyes de su mesa, y de su cama, y te es desabrido!

Ven acá, hermano, que tu mal me hace haber compasión de ti. ¿Duélete mucho el dejar los pecados? ¿Parécete cosa costosa aparejar tu cuerpo y tu ánima con buenas obras, para venirte a sentar a esta mesa y comer este manjar celestial? ¿Es cosa costosa guardar castidad por recibir a Jesucristo? ¿Es cosa costosa hacer penitencia?

¡Oh benditísimo Señor! ¿A quién costó más, a Vos

(9) *Se perjure: perjure.*

aparejaros para ser manjar para los hombres, o a los hombres aparejarse para venir a comeros a Vos⁹ No me has menester Tú a mí; y porque estaba yo muerto y condenado a eterna muerte, y te había menester a Ti, a costa de cinco mil y tantos azotes que, atado a una columna, recibió tu santísimo Cuerpo, quisiste aparejarte para hacerte manjar con que yo comiese y bebiese; ¡y que tenga yo por gran costa tener cuerpo casto y hacer una poca de penitencia para venir a recibirte!

Acuérdate, hombre, cómo el Señor fué coronado de espinas en su sagrada Cabeza, agujereados sus pies y su manos con clavos en la cruz; recibió injurias de afrentosas palabras; recibió bofetadas y recios tormentos; y porque no quedase nada por hacer para del todo enseñarte su amor, dió en la cruz su vida por ti. para que tanto más sabroso te pareciese cuanto más trabajos padeció por ti; y para que mirando la costa tan excesiva que Él hizo para ser tu manjar, no tengas tú por cosa pesada aparejarte para comer de Él. Acuérdate, quienquiera que seas, cuando se te hiciere de mal lo que el confesor te manda, o lo que tú ves que es menester hacer para bien recibir al Señor; que si mirares la costa de Él, no te parecerá cosa recia que, a trueco de la sangre que de sus manos corría, des tú limosna a los pobres, y a trueco de sus bofetadas e injurias, perdones las tuyas por su amor. Y si pasares dolor en dejar algún pecado a que estás muy asido, y en quitar alguna mala costumbre con que a Dios tienes ofendido, ofrécelo en cuenta de sus dolores y de su muerte que por ti padeció; y verás que haciendo tú lo poco que puedes, y recibiendo el sacramento de la Confesión, y comiendo este sagrado manjar, se te irá quitando la gana de los pecados, y poniéndosete el amor y gusto de las virtudes.

No pienses, no, que ese aparejo que se pide para venir a esta mesa sagrada, se te pide a solas tus fuerzas. Es tanta la liberalidad de este Señor, y tanto el precio de la costa que por ti hizo, y tan indecible la gana de que goces de este convite, que Él mismo te ayudará para te aparejar. Y el confesarte y comulgarte hoy, te acrecentará el aparejo para comulgarte mañana. No te apartes de esta mesa, por amor de Dios y por lo que toca a tu vida. Si deseas tanto la vida del cuerpo, que todo cuanto tienes darás por la conservar, estima la de tu ánima, pues no tiene fin;

y siendo ella bienaventurada, dará al cuerpo parte de su vida, y también vivirá para siempre. Vida bienaventurada de cuerpo y de ánima hallarás aquí, y fuera de aquí no hay sino muerte.

7.—*La Comunión, fortaleza del mártir.*

¿Quieres conservar la gracia de Dios? ¿Quieres escapar del infierno? ¿Quieres ser heredero del cielo? ¿Quieres no cometer pecado mortal, cosa tan para desear? Frecuenta a recibir este divino manjar, y experimentarás lo que Él mismo dice: *Quien me come a Mí vivirá por Mí* (Jn., 6, 58). El Papa Inocencio dice que este santo Sacramento «perdona los pecados veniales y preserva de caer en mortales». San Bernardo dice que «este santo Sacramento quita el consentir en pecados mortales, y el sentir de los veniales»; quiere decir, que no impriman tanto en el hombre.

Todos los Santos dicen que los efectos que el pan y el manjar obran en un cuerpo (cuéntalos bien y piénsalos bien), que todos éstos obra este Santísimo Sacramento en el ánima de quien bien lo recibe. Y particularmente da testimonio de aquesto el glorioso obispo y mártir San Cipriano, el cual cuenta que le reveló nuestro Señor que se había de levantar presto en aquella tierra una grave persecución contra los cristianos, para que a poder de tormentos negasen la fe; y aunque había Constitución eclesiástica, que los que negasen la fe entre los tormentos fuesen castigados, y aunque mucha penitencia hiciesen, no les fuese dada la sagrada comunión hasta la hora de su muerte, dijo este santo obispo—y así lo escribió a otros obispos—, que no obstante esta Constitución, se diese el Santísimo Sacramento a los cristianos que habían negado la fe entre los tormentos, para que estuviesen fuertes para confesar la fe en los tormentos que en la persecución que venía les habían de dar; cuyas palabras son éstas:

«Pues que los despertamos y amonestamos a que peleen, no les dejemos ir a la guerra desnudos y sin armas, mas armémoslos con el amparo de la Sangre y Cuerpo de Jesucristo. Y pues para esto se consagra la Eucaristía, para que pueda ser amparo y guarda a los que la toman, armemos con el amparo de la hartura de este Sacramento a los que queremos que sean fuer-

tes contra el perseguidor. Porque a los que enseñamos y amonestamos que derramen su sangre por la confesión de la fe de Cristo, si les denegamos la Sangre de Cristo, ¿cómo han de pelear? ¿O cómo les haremos idóneos para que beban la copa del martirio, si primero no les admitimos a beber en la Iglesia la copa del Señor, dándoles el derecho de la comunión?» Y un poco después dice: «No puede ser idóneo para recibir martirio a quien la Iglesia no arma para la guerra; y aquel ánima ha de desmayar y caer, la cual no recibe la santa Eucaristía para que la encienda y levante.»

Palabras dignas de consideración son todas aqué-
tas; y por ventura son necesarias para semejable per-
secución a la que fué revelada a este Santo. Grandes
novedades hay en el mundo, que dan muestras no
sólo de su vejez, mas de su acabamiento; y según la
doctrina evangélica (*Lc.*, 31, 34) el estar los hombres
descuidados de la venida del juicio, es una gran señal
que ya *está a la puerta* (*Mt.*, 24, 33). La pestilencial
doctrina de Lutero y los que le han seguido es un
gran testimonio de que ya vienen los mensajeros muy
cercanos del Anticristo; cuya persecución ha de ser
tan recia, que sería muy justo, aunque se tardase su
venida, comenzar a aparejar a los cristianos y darles
armas para que estuviesen en pie en guerra tan fuer-
te; cuanto más teniendo tan poco uso de padecer tor-
mentos por confesión de la fe, y que con razón se debe
temer que en persecución tan grande faltarían mu-
chos; pues *si los días de ella no se abreviasen, ningún
hombre quedaría que fuese salvo* (*Mt.*, 24, 22).

Y si, por pareceros que esta guerra no vendrá tan
presto, no os queréis aparejar, a la puerta tenemos
peligros de herejes, y de los turcos, que no sabemos
si será menester que ofrezcamos nuestras cabezas en
confesión de la fe; y para estar fuertes en trance tan
recio, dijo este Santo bienaventurado (10) que es cosa
necesaria el recibir el santo Cuerpo y Sangre de Je-
sucristo; y que aquel ánima ha de faltar y desmayar,
que no fuere esforzada por la sagrada comunión que
recibe.

(10) San Cipriano, cuyas palabras se leen poco más arriba.

3.—*Contra el pecado mortal, la Comunión.*

Gran daño ha venido a la Iglesia por no entenderse, o no enseñarse, y no ponerse en obra aquesta verdad, que para confesión de la fe, y para no caer en pecado mortal, es remedio eficacísimo el recibir aqueste santo manjar. Y como dice este Santo, no es justo que pidamos a los cristianos que estén firmes en la confesión de la fe, aunque sean atormentados, si no los armamos con la sagrada comunión; así también se puede decir a los enseñadores (11) cristianos que piden al pueblo cristiano que no caigan en pecado mortal, que les enseñen que para esto es muy gran remedio el recibir el Cuerpo del Señor, y por cuantas vías pudieren les induzcan y provoquen a esto.

Y téngase por una cierta señal, de que uno es legítimo predicador de Dios, si a los hombres angustiados y flacos los consuela y enseña que reciban a nuestro Señor, y que con esto serán confortados. El ángel así lo hizo con el Profeta Elías, que atemorizado con las amenazas de la reina Jezabel, iba descarriado, lleno de angustia, suplicando a Dios que lo sacase de vida tan trabajosa; y estando dormido con aquel tedio, le despierta el ángel de Dios; y el remedio que le da es un pan hecho debajo de rescoldo de la ceniza, y dice (3 Reg., 19, 7): *Levántate y come, que te queda por andar mucho camino.* Voz de predicador cristiano es levantar los corazones caídos con aquesta palabra: *Levántate y come* de aqueste sacratísimo Pan, que está debajo de accidentes tan pobres, en señal de su grande humildad. Como, por el contrario, es voz del demonio el apartar a los cristianos de la frecuencia de estos divinos Misterios, pues que sin ellos está cierto que han de llegar a las puertas de la muerte; pues es propio efecto de aqueste divino Misterio preservar de pecado mortal.

Y si todavía piensas que estándote mucho tiempo sin comulgar no caerás en pecado mortal, no sé qué diga de ti: o que eres medio hereje, pues no crees lo que estos Santos dicen; o que tienes algún privilegio particular para conservar la vida del ánima, que cada día anda en peligros, sin comer este divino

(11) *Enseñadores*: predicadores y directores de almas.

manjar, y sin ser armado con estas celestiales armas que en su santa Iglesia Dios nos dejó.

Y si todavía porfias que, aunque estés mucho tiempo sin comulgar no caerás, yo también porfiaré que si caerás. Profetas parecemos entrambos, pues afirmamos de lo que está por venir; mas si me contradijeres a mi palabra (que no es mía, sino de todos los Santos), y dijeres que tú profetizas mejor, y te enojares como Sedecias contra Miqueas, diciéndome que *cómo el espíritu de la profecía pasó a mí sin pasar a ti*, responderte he lo que Miqueas respondió a Sedecias: «Quién es mejor Profeta, tú lo verás en aquel día cuando fueres huyendo de quien te irá a matar, y procurarás de te esconder de cámara en cámara, y en fin morirás» (3 Reg.. 22, 24-25). Dejemos disputas, vengamos a las obras; el tiempo te doy por testigo, que si te apartas de comer de este manjar de la vida, que te has de ver acosado de algún pecado mortal, y te ha de llevar de vencida y, en fin, quitarte la vida del ánima, y entonces te acordarás de la palabra de Dios (Ps., 106, 18): *El ánima tuvo fastidio de comer todo manjar, y llegaron hasta las puertas de la muerte*; y unos entraron dentro de la muerte primera, que es el pecado mortal, y otros entraron en la muerte segunda, que es el infierno (Apoc., 20).

Muchos han cometido pecados mortales, que si hubieran en el tiempo de su tentación, o un poco antes, confesado y comulgado, no hubieran caído en el abismo del pecado mortal; y metidos en éste, muy breve camino hay para entrar en el infierno; porque no falta más sino que le quiebren el vaso de vidrio, que es este cuerpo que traemos a cuestas; que es una pura flaqueza, y basta para quebrarlo un dolor de costado, o una apoplejía. A uno mata un rayo, a otro ahoga el agua, y muchas veces sin confesar ni comulgar; y diera el hombre entonces mil cuentos (12) de mundos por haber hecho lo que ahora le rogamos, y ¡plegue a Dios! y otra vez ¡plegue a Dios! que, como dicen, no le entre por una oreja y le salga por otra.

(12) Cuentos: millones.

9.—*¡El Deseado causa hastio!*

Digamos la verdad, y ésta es, que (13) no se te da nada de conservar la vida del ánima. ¡Ay dolor, que trabajas con todas tus fuerzas por huir de la muerte del cuerpo; y curas a tu esclavo porque no se te muera, y mantienes a tu caballo, a tu azor, a tu perro y al pajarillo que tienes en la jaula, siendo cuidadoso de su mantenimiento; y te olvidas de tu ánima! Que si tuvieses en algo este divino manjar, desde lejos te apercibirías para estar fuerte con la fuerza que este manjar pone para estar firme en el tiempo de la tentación. Mas ni sientes tu necesidad, ni te convida la dulcedumbre de aqueste manjar, y con el fastidio que tienes de él, llegas y pasas a las *puertas de la muerte*.

¡Oh sagrado Pan, tan mal empleado!, pues dice el glorioso Doctor San Agustín, que «este Pan pide hambre del hombre interior». Deseado, Señor, deseado es razón que seas de nosotros, pues todas las cosas que pueden despertar el deseo, todas están juntas en Vos; y tenéis grandísima razón de quejaros de nosotros, pues que antes que a este mundo viniédeses, aquellos santos Patriarcas y Profetas que tenían olor de Vos, con todas sus entrañas os deseaban; con atentísimas oraciones, mezcladas con lágrimas, os llamaban y os suplicaban quisiédeses descender acá, para con vuestra hartura matar nuestra hambre; y fué tanto lo que os desearon, que os llamaron por nombre *el Deseado de todas las gentes* (Ag., 2, 8).

¡Cristianos, cristianos! recordad (14), por reverencia de Dios, de sueño tan pesado y tan peligroso; limpiad vuestro gusto de fastidio tan sin porqué; conoced la merced que Dios os hizo, y entended que a nosotros dijo Jesucristo nuestro Señor (Mt., 13, 17): *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, y las orejas que oyen lo que vosotros oís. Digoos de verdad, que muchos Profetas y Reyes quisieran ver lo que vosotros veis, y no lo alcanzaron*.

Si con el solo olor de este sacratísimo Pan—que más era hambre que hartura—, tanto se consolaban, en tanto lo estimaban; si aquel maná de poco valor ha-

(13) La edición de 1596, *que porque*.

(14) *Recordad: despertad*.

cían gracias por él; si tenían en tanta honra el arca de Setín, que bailaban delante de ella con mucho regocijo, ¿qué hicieran si tuvieran presente lo figurado por aquellas figuras, que es este sagrado manjar que presente tenemos?

¿Cómo? ¡Y tenemos corazón para hacer tal afrenta a este Señor, y dar tal mancha a nuestra honra, que antes que al mundo viniese fué llamado *el Deseado de todas las gentes*, y que después de venido se llama *el fastidiado*, y tenido por cosa que no os va mucho en recibirlo o no recibirlo!

Por cierto, Rey nuestro, Vos tendréis mucha razón de huir de nosotros, y por vuestro justo juicio, permitir que perdamos la fe sagrada de este Misterio, y que ni haya Misa, ni comunión, ni cosa que le parezca. Y a quien de esto se quejare le podréis con mucha razón decir: «Yo fui grano de trigo (*Jn.*, 12) sembrado en el vientre virginal de mi sacratísima Madre; salí de él tierno y fresco, como un trigo que está en berza; crecíéronme aires y muy recios soles de trabajos, caminos y persecuciones; y cuando fui casi de treinta años, echaron los malos su hoz en Mí, y fui cortado de esta vida, molido y atormentado, y hecho harina para que de ella se hiciese este pan sagrado, del cual y por el cual digo (*Jn.*, 6, 58): *El que me come a Mí, vivirá por Mí*. Y habiendo comprado tan caro darme yo por manjar a los hombres, y estando cerrado y depositado en lugar tan pequeño para que mejor me puedan comer, advierten tan poco a mis trabajos y a mi grande amor y a la gran necesidad que tienen de Mí, que algunos ni aun quieren venir a mi casa; y si otros vienen, conténtanse con reverenciarme cuando soy consagrado y alzado en la Misa; mas aparejar sus conciencias, pelear contra sus pasiones para venir limpios a mi mesa, y recibirme y holgarse conmigo, muy pocos hay.»

El fin de quedarse Cristo acá debajo de semejanza de pan y de vino, es para decirnos que, así como el uso del pan y del vino no es solamente mirarlo, sino comerlo, así el fin de los trabajos que Cristo pasó para hacerse pan nuestro y estar allí como está, no es sólo para verlo y reverenciarlo, sino para comerlo y matar nuestra hambre con Él, y restaurar y conservar nuestra vida. Porque ¿quién se hartó ni mantuvo con sola la vista del pan? Y si nos contentamos solamente con verlo y no recibirlo, no se alcanza el

fin que Él pretende; y tendrá mucha razón para decir: «Pues que no usáis de Mí según mi deseo y vuestro provecho, por demás estoy aquí, y por demás me tenéis; irme he de vuestros entendimientos permitiendo que perdáis la fe, pues que me echáis vosotros de vuestras voluntades, no me deseando, ni holgando de mi comunicación; pues que un efecto de los que bien se quieren es estar juntos, hablarse y comunicarse; y para que entiendan todos que este es mi fin, se llama *Comunión* este sagrado Misterio.»

¡Oh cuánta razón, Señor, tenéis de ir de nosotros! ¡Cuánta razón tenemos de deciros con los discípulos (*Lc.*, 24, 29): *Quedaos, Señor, con nosotros, porque ya es tarde!* No nos castigéis con vuestra ausencia, como habéis castigado a otros, y como nuestros pecados merecen; porque tenemos, Señor, poca lumbre, y estamos *en tarde*; y si Vos os vais, quedaremos en noche. No, Señor, no por vuestra misericordia; mas Vos de vuestra poderosa mano sanad el fastidio que nuestras ánimas tienen de aqueste divino manjar, por lo cual hemos llegado a las puertas de la muerte; y por no lo recibir, unas veces habemos llegado a peligros de pecar mortalmente, y otras hemos caído en ellos. Cumplid, Señor, lo que está escrito: *Envió su palabra, y librólos de su perdición.* Señor, la palabra yo la digo, y vuestra es: *El que me come, vivirá por Mí.* Decidla Vos en las entrañas de los que aquí están, para que, según está escrito (*Ps.*, 106, 20, 32), *alaben a Dios sus misericordias y maravillas que hace con los hombres; ensálcenle en la Iglesia del pueblo, y cuenten sus obras con alegría.*

Cuando esta alegría, hermanos, reinare en nuestros corazones de ver y experimentar la dulcedumbre de aqueste soberano manjar, de estar muy más hartos con él, le demos alabanzas por tal beneficio; y entonces tendremos señal que nos ha librado Dios de la peligrosa enfermedad del fastidio, y nos ha quitado las gruesas flemas que en el estómago de nuestra ánima teníamos y nos impedían el gusto de aqueste divino manjar.

10.—*Dichosos los que tienen hambre de Cristo.*

Bienaventurados los que lloran (*Mt.*, 5, 5, 6), dijo el Señor; y tras esto dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; para dar a entender*

que los pecados son los que quitan la gana de este sagrado manjar, y llorados los pecados y alanzados de nosotros, luego tenemos tanta gana de comulgar, como un hombre sano tiene hambre y sed de su mantenimiento.

Y esta es la causa por que antes de comulgar hemos de confesar, porque en la confesión echamos por la boca nuestros pecados, como quien vomita los malos humores; y quedando el ánima limpia, desea recibir este divino manjar, y cuando lo recibe éntrale en gusto y provecho.

Quien esto ha recibido de Dios, déle gracias por ello, y entienda que tener particular devoción y reverencia, y agradecer y recibir este sagrado manjar con buen gusto y provecho, es una grandísima señal que el hombre está en gracia y que se ha de salvar; y quien no, tema, gima y quéjese de sí, porque es peor que los brutos, y más necio que los niños de un día.

El cordero, por natural instinto sabe conocer su manjar; y si le ponéis muchos manjares, y entre ellos la leche, aunque no la vea, él la sacará por rastro, y comerá de muy buena gana. Un niño busca el pecho de su madre, y lo toma con grande regocijo; y si nosotros estamos sanos, dice San Juan Crisóstomo (15) que hemos de buscar este sagrado manjar, y recibirlo con aquel regocijo que, según hemos dicho, y todos lo vemos, el niño toma los pechos de la madre.

Hagámoslo así, y no demos causa, por reverencia de Dios, que tan singular obra suya como es aquésta, se nos pase por alto sin ser conocida, estimada, agradecida y reverenciada, ni se nos pase tan excelente manjar sin tener hambre de él y sin recibirlo muchas veces. No demos causa que lo que Dios nos dejó por particular socorro para nuestra flaqueza, por remedio eficaz para nuestra conservación de la vida, se nos torne por nuestra culpa en *juicio de condenación*, o por no recibirlo, o por mal recibirlo (1 Cor., 11). Cobremos buenos alientos; pésenos de la negligencia pasada, sea nuestro cuidado huir de pecados, adornar nuestra ánima con buenas ocupaciones; y cualquier trabajo nos parezca liviano por aparejarnos para, convidados de aqueste Señor, recibirlo con pura conciencia; porque con esto tendremos nuestra ánima en pie

(15) *Homil. 60 ad pop. antioch.*

y pasaremos sin caída mortal, aunque tengamos muchos enemigos que nos quieran matar, y tendremos fuerzas bastantes, como las tuvo Elías (3 Reg., 19, 8), para caminar por el camino de los mandamientos de Dios, hasta que lleguemos *al monte Oreb*, que es la gloria.